

dido el rostro y poniendo la mano en el puño de la espada, iba tal vez á cometer un atentado, cuando el vigía que estaba en la torre dió unas campanadas y gritó: ¡Los franceses! ¡Los franceses!

Entonces Régules, tendiendo su mano á Lalanne, le dijo:

—Perdóname, hermano; escoge el cuerpo que quieras y cubre la retaguardia para batirte como tú sabes.

El Mayor general, sin contestar á su jefe, fué á ponerse á la cabeza del batallón mandado por el coronel José María Castro, en tanto que la división salía por el camino de Laureles: á poco rato se oyó el fuego vivísimo que se cambiaba entre los "Cazadores de á pie" y la fuerza que mandaba Lalanne. Este se incorporó en la tarde al grueso de la división, avisando que los franceses se reconcentraron á Zitácuaro, derrotada su vanguardia. ¡La pequeña división de Régules se había salvado otra vez!

En efecto, Aymard marchó al día siguiente á Maravatio, en donde se le incorporaron otras fuerzas, y de allí emprendió el camino para México, en la marcha de concentración que hacían los franceses para evacuar el país.

Régules pudo entonces realizar su proyecto sobre Angangué. El, 24 á la cabeza ya de cerca de dos mil hombres, atacó aquella plaza, defendida por doscientos al mando de José Romero, quien al penetrar Régules á las fortificaciones huyó en completa dispersión.

El mes de Agosto concluyó con un nuevo asalto de los que acostumbraba el coronel Manuel González Guerrero en las calles de Morelia, verdaderas escaramuzas que no tenían más objeto que alarmar á la guarnición, y favorecer á los soldados de ella deseosos de desertarse. En esa vez (28 del mes citado) salieron en su persecución el comandante Ceballos y el capitán Plata con más de cien hombres de caballería. Los chinacos huyeron, pero á la buena hora dieron media vuelta, y como resultado de su arrojo, mataron á Plata, á ocho más de los imperialistas, é hicieron volver grupas á Ceballos.

CAPITULO XL.

(1866)

Recuerdos.—Café de Uruapan.—*El Pito Real*.—"La Mamá Carlota."—Aviso oportuno, ¿de los espíritus?—Los últimos franceses.—Rodeado de amigos.—La canción más popular.

Volvamos á Huetamo, y perdonen los lectores si de nuevo los ocupo con recuerdos personales, que me son cada día más vivos al par que dulces y melancólicos.

En uno de aquellos días el Secretario de Riva Palacio había recibido un poco de café, que le envió la persona más querida de su familia. ¡Café de Uruapan! Aquel fué un gran día para el general y sus dos compañeros. Para hacer honor al *grano de oro*, la comida de aquella fiesta tuvo el aumento de un platillo (no recuerdo si fué sopa ó *principio*), lo cierto es que no se limitaba al caldo y al cocido, que era nuestra comida habitual en Huetamo; soberbia, si se compara con la de costumbre en la campaña.

Estábamos ya sentados á la mesa, cuando llegó un correo y entregó á Riva Palacio un microscópico papel enrollado. El general lo desplegó cuidadosamente, se quitó los anteojos y leyó. Ni el Secretario ni el teniente coronel Verduzco se atrevieron á preguntar el contenido, pero ambos eran presa de una curiosidad extraordinaria, tanto más cuanto que veían que el semblante del general estaba encendido de emoción.

Comenzó la comida. Y es de suponer que el banquete no duró largo tiempo. El café estaba preparado y se sirvió en tazas de porcelana, cuyo albor se tiñó con ese tinte oleoso, característico del café de Uruapan. Con el humo que se des-

prendía de la superficie del líquido se alzaba el aroma provocativo. Hacía mucho tiempo que no nos dábamos el lujo de tomar café, ni menos de Uruapan, que dista de Huetamo casi ochenta leguas.

Estábamos saboreándolo, no obstante nuestra grande curiosidad de saber las noticias que había llevado el correo, cuando entró un cajista de la imprenta que, como he dicho, tenía allí el Gobierno republicano, bajo el cuidado del constante patriota Gregorio Pérez Jardón. El impresor iba por *original* para *El Pito Real*. Diré lo que era el Pito Real.

Falto de soldados y de toda clase de elementos de guerra, el general no podía batir por aquel entonces, en el terreno de las armas, á los enemigos de la nación. Para satisfacer su ansia de luchar, fundó en Huetamo un periódico; digamos, un periodiquito, satírico, burlón, lleno de calor del patriotismo. Púsole por nombre *El Pito Real*, por ser el de una danza que en aquellos días se había hecho muy popular.¹ Inútil es decir que los principales personajes del imperio aparecían en el mencionado periódico ataviados con los más suntuosos trajes del ridículo. La gente se disputaba los ejemplares, y no hay exageración en afirmar que se sabían de memoria todos los números. Se les daba gratis á los *ancheteros* y á los *barilleros* que iban los domingos á *placear* á Huetamo, y ellos se encargaban de hacerlo circular en Tacámbaro, en Pátzcuaro, en Morelia y en otras ciudades ocupadas por el imperio, en donde se lo disputaban amigos y enemigos, habiéndose dado el caso de venderse á peso los ejemplares.

Méndez, el terrible general Méndez, cuyos oídos sólo estaban impuestos á la adulación y á la lisonja de los diarios de México y de Morelia, se enfermaba de ataques biliosos cada vez que llegaba á sus manos el famoso *Pito Real*. Una ocasión, sobre todas, guardó cama muchos días porque el *Pito Real*,

¹ La danza era á la vez un canto patriótico, y me acuerdo de la siguiente quarteta:

“Yo no soy de aquí,
Soy del Carrizal,
Soy puro chinaco,
No soy imperial.”

coa una gracia inimitable, refirió el hecho sobrenatural de haberle hablado un candelero. ¡Tales cosas le diría! Entonces Méndez juró hacer trizas á Riva Palacio, á pesar de las órdenes en contrario dictadas por Bazaine, cuando con motivo del canje de los belgas, lo reconoció expresamente como beligerante y no como jefe de guerrillas.

Concluída ya la digresión, diré que el general era quien más lentamente paladeaba su café, que nosotros estábamos como en ascuas por saber lo del correo, y que el cajista esperaba tranquilo ó indiferente el original.

Por fin, el general, levantándose de la mesa, dijo á su Secretario:

—Ahijado, traiga vd. papel y pluma, y escriba lo que voy á dictarle.

Y sin detenerse, sin meditar, sin cambiar ni corregir una sola palabra, disputándose el lugar las ideas que surgían de su mente, improvisó, mejor dicho, recitó la siguiente composición:

“ADIOS A MAMÁ CARLOTA.”

I

Alegre el marinero
Con voz pausada canta,
Y el ancla ya levanta
Con extraño rumor.
La nave va en los mares,
Botando cual pelota:
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor.

II

De la remota playa
Te mira con tristeza
La estúpida nobleza
Del mocho y el traidor.
En lo hondo de su pecho
Ya sienten su derrota;
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor.

III

Acábanse en Palacio
Tertulias, juegos, bailes;
Agítanse los frailes
En fuerza del dolor.
La chusma de las cruces
Gritando se alborota;
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor.

IV

Murmuran sordamente
Los tristes chambelanes,
Lloran los capellanes
Y las damas de honor.
El triste Chucho Hermosa
Canta con lira rota;
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor.

V

Y en tanto los chinacos
Que ya cantan victoria,
Guardando tu memoria
Sin miedo ni rencor,
Dicen mientras el viento
Tu embarcación azota:
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor.

El Secretario, Verduzco y el cajista, estaban embargados por dos emociones: no sabían si brincar de gusto por la noticia que aquellas coplas lanzaban al público, ó abrir los brazos y estrechar entre ellos al general, como un tributo de admiración á su talento.

De aquel número del *Pito Real* se hicieron dos ediciones abundantísimas, que se agotaron en el acto, siendo aquel periódico el primero que dió á conocer en Michoacán el intempestivo viaje de la princesa Carlota.

Riva Palacio, por fin, había leído el papel que condujo el correo. Era del coronel Alzati, y decía: "Mi general: Ya no

hay imperio en la frontera. Escobedo, vencedor. Los franceses se preparan á embarcarse, y la *Emperatriz* se ha ido á Europa á pedir socorros. Aymard abandona á Zitácuaro. Mientras vd. llega reuniré á los amigos.—*José María Alzati.*"

El general dispuso la marcha; pero antes hubo que hacer algunos preparativos.

Cuatro días después tomamos el camino de "Las Garzas." A las tres jornadas llegamos á Laureles, á eso de la oración de la noche. El administrador de la hacienda, D. Miguel Sierra, nos ratificó las noticias comunicadas por Alzati.

Recuerdo muy bien, porque no me separé del general, que no recibió ningún otro correo ni habló reservadamente con nadie. Después de la cena se conversó largo tiempo, y luego nos fuimos á dormir. Al general y á su secretario les dieron un mismo aposento. Aquél se acostó en un rincón y éste junto á la puerta. Riva Palacio, que estaba en una cama, se durmió profundamente; mientras que su secretario, tendido en el suelo sobre los sudaderos de su caballo, no podía conciliar el sueño. Serían las once de la noche, cuando el general despertó sobresaltado, y exclamó:

—¡Que ensillen en el acto los caballos; ahí están los franceses!

El secretario, con esa obediencia que es forzosa en la campaña, comunicó la orden al mozo y ensilló su propio caballo. Al ir á montar se oyeron fuertes golpes en el zaguán y la voz de Marcos Alzati que gritaba:

—¡Aprisa, aprisa, que vienen los franceses por Susupuato!

Entonces echamos á correr, guiados por Alzati, que nos condujo al rancho de Barranquilla. Dormimos un rato. El día amaneció nublado: en el monte vecino había inmensas bandadas de chachalacas que hacían oír sus chillidos discordantes, y cerca de nosotros relinchaban los caballos.

Por fin apareció el sol: la niebla se disipó como por encanto, mostrándose la vegetación lujuriente, salpicada de rocío y llena de aromas, entre los que se hacía más perceptible el de las hilamas: sobre lo alto de la cañada veíamos una tira de cielo azul purísimo. ¡Jamás olvidaré el esplendor de aquella hermosa mañana!

De repente oímos una voz conocida que dentro del bosque entonaba esta canción:

“Muchachas del Curindal,
Esas del Curindalillo,
Que dice Pedro Pascual
Que
.....”

—¡Allí está José María Alzati, dijo el general; ensillen! Cuando el coronel asomó entre los grangeros ya todos habíamos montado.

—Buen susto nos pegaron anoche los franceses: por fortuna ustedes recibieron oportunamente el aviso que les mandé con Marcos.

—¿Están en Zitácuaro? preguntó el general.

—De paso. Permanecieron un rato en Laureles y lo buscaban á vd., porque de seguro les dieron aviso. Siguieron luego á Zitácuaro, en donde descansarán un poco. Vienen de Temascaltepec y van á incorporarse á una columna que está en Maravatío. Me figuro que esta es la última vez que pisan á Zitácuaro.

—Pero ¿es cierto que se retira ya de México el ejército francés?

—Como vd. lo oye, mi general: ya los traidores andan como ratas atarantadas. Pero vámonos; los muchachos nos esperan en la Florida.

Alzati tomó la delantera, adivinando, más bien que siguiendo, inextricables senderos: iba, como siempre que caminaba, cantando sus canciones favoritas de tierra caliente. En aquella vez, con toda la fuerza de sus pulmones, decía:

“Aunque tu padre me diera
Los bueyes y la carreta,
No me casara contigo,
Ojos de borrega prieta.”

Los demás caminábamos silenciosos, entregados á nuestros propios pensamientos. Yo me preguntaba en vano cómo pudo el general saber la llegada repentina de los franceses á Laureles. ¿Lo soñó? ¿Fue un simple presentimiento? Él se

decía espiritista, y siempre que le he hablado de este asunto, invariablemente me ha dicho que esas y otras cosas por el estilo se las comunicaba un espíritu.....

Ya era de noche cuando llegamos á la Florida: los soldados asaban elotes sentados al rededor de las fogatas. Cantaban, y con gran sorpresa nuestra, lo que cantaban era “Mamá Carlota,” habiéndole acomodado la música de una canción muy en boga en aquellos días. El general los saludó y les aconsejó que adoptaran la tonada de “Los Cangrejos,” pero variándole el compás. Así lo hicieron en el acto.

Entretanto habían rodeado al general el Lic. Couto y sus hijos, los tres Alzatis, Luis Carrillo, Acevedo, Castillo, Luis Malo, Granda y otros antiguos compañeros suyos en las campañas de Zitácuaro. Aquellos hombres, que días antes andaban huyendo solos é inermes por los cerros, llevaban ahora á su caudillo, cada uno un puñado de soldados con fusiles y cartuchos ó con caballos y lanzas. El general Riva Palacio los abrazó á todos, y á las aclamaciones con que lo recibían, contestó él con un *viva* á la independencia de México.

Un mes después el general comenzó de nuevo la campaña, y no había partida de republicanos ni pueblo en que no se cantara con entusiasmo

“¡Adios, mamá Carlota!”